

Y el hombre se irá refunfuñando y pensando que la gente de este pueblo somos tontos de capirote.

¿Y la calle de Jorge Juan y la de Júpiter, Tenerife, etc?.

—¡Ay Jesús hija! ¿Qué dice usted?. Aquí no hay nada de eso.

Una cosa clara, muy clara, hay en este plano y es que ninguna de las indicaciones que llevamos hechas sobre los nombres de las calles, ha encontrado eco en la administración, pero hay que reconocer que las denominaciones alcazareñas se hacen imitando las de Madrid y que cualquiera que se pasea por la calle de Castelló de Madrid, le entran ganas de tener otra igual en Alcázar y empieza por ponerle el nombre a un carril trazado en el campo, como el que se entretiene en leer relatos más o menos históricos y en cuanto tiene un chico le bautiza con el nombre del héroe que le entusiasma y le pone aunque sea Napoleón. Este es el fundamento de todo y es inútil pretender y menos esperar que las personas se pronuncien en virtud de unas apreciaciones lógicas y propias de las circunstancias de cada caso particular con lo mucho que les pica el sarampión de las innovaciones que puedan dejar recuerdo de su gestión.

Cualquier esfuerzo o sacrificio, porque lo es, en beneficio del pueblo, merece plácemes, aunque nadie lo aprecie y este de la imprenta mucho más por lo que tiene de poco lucido y de mucho provecho.

Sucedido

Conté una vez y lo recuerdo muchas cuando viene a pelo por los cambios impropios que se originan en la vida, que en una casa muy rica de un pueblo de alrededor al acabar de ver a un enfermo me pasaron a lavarme al cuarto de baño y estaba lleno de patatas hasta el techo, haciendo de cámara, sin más hueco libre que el del lavabo y la bañera por su puesto invisible.

Pues bien, Ariel me dice que una un poco finolis se casó con uno de por allí y tuvo precisión de echar una pieza a los calzoncillos del hombre, se la cortó la suegra, pero le venía escasa y le preguntó a la suegra que qué tenía que hacer:

—¡Anda, leche!, pues le frunces un poco. La muchacha no las había visto más gordas en su vida.

El mismo sujeto, en casa de un amigo le dió gana de hacer de vientre y su mujer, conociéndolo, le preguntó al volver si había tirado de la cadena, contestándole:

—Ves tú a ver, porque no sé lo que he hecho.

Se lo había hecho en el bidé.